

Pasajero del final del día

Colección Rayos globulares

(5)

R

Este libro fue publicado con el apoyo de la
Obra publicada com o apoio do:
Ministério da Cultura do Brasil / Fundação Biblioteca Nacional



MINISTÉRIO DA CULTURA
Fundação BIBLIOTECA NACIONAL

Primera edición: noviembre 2012

Copyright © 2010 by Rubens Figueiredo.
First published in Brazil by Editora Companhia
das Letras São Paulo
© de la traducción del portugués, Rita da Costa
© de esta edición, Rayo Verde Editorial, 2012

Diseño de la cubierta: Noemí Giner
Ilustración de la cubierta: Aleix Pons
Diseño editorial: Ana Varela
Corrector: Toni Montesinos

Publicado por Rayo Verde Editorial, S.L.
Comte Borrell 115 ático 2a
Barcelona 08015
rayoverde@rayoverde.es
www.rayoverdeeditorial.com

Impresión: Romanyà Valls - Capellades
Depósito legal: B-28408-2012
ISBN: 978-84-15539-30-8
BIC: FA

Una vez leído el libro, si no lo quieres conservar, lo puedes dejar al acceso de otros, pasárselo a un compañero de trabajo o a un amigo al que le pueda interesar. En el caso de querer tirarlo (algo impensable), hazlo siempre en el contenedor azul de reciclaje de papel.

Impreso en España - Printed in Spain

La editorial expresa el derecho del lector a la reproducción total o parcial de esta obra para su uso personal.

Pasajero del final del día

Rubens Figueiredo

Traducción de Rita da Costa

Rayo verde
editorial

Para Leny

No ver, no entender e incluso no sentir. Y todo ello sin llegar a ser un imbécil, y mucho menos un loco, a los ojos de los demás. Alguien distraído, en cierto modo, y casi sin pretenderlo. Lo que también ayudaba lo suyo. Motivo de burla para unos, de afecto para otros, se trataba de una cualidad que, a sus casi treinta años, se confundía ya con lo que él era, a los ojos de los demás. Pero no tenía suficiente. Por distraído que fuera, necesitaba buscarse otras distracciones.

Pedro levantó con la uña la tapita de la parte trasera del minúsculo aparato de radio y cambió la pila. La música volvió a sonar, tan fuerte como el chisporroteo de antes y más alta que los ruidos de la calle. Se había puesto los auriculares en los oídos. Estaba de pie, al caer la tarde, atrapado en la diagonal rasante de un sol en ascuas que se resistía a marcharse y se negaba a refrescar. Un sol casi pegado a su frente y a la de todos los demás que guardaban el orden en la cola, a la espera del autobús en la parada terminal.

Nada se interponía entre el sol y las cabezas de los presentes, a no ser la parte más alta del poste de hormigón y los cables colgantes de luz o teléfono que, en lo alto, se extendían hacia ambos lados con la simetría de un costillar. No había

más sombra que la que arrojaba la cola de pasajeros, alargada casi al máximo sobre la acera. El retraso del autobús, el hedor a orina y basura, la acera hecha de agujeros y charcos, el asfalto ardiente con manchurroneos azules de aceite, casi a punto de humear... Pedro ya estaba incluso acostumbrado. No son los consentidos, sino los adaptables, quienes sobrevivirán.

Pensándolo bien, no se trataba tanto de acostumbrarse, ni de consentir a nadie. Lo que ocurre es que nunca hay que dejar pasar la ocasión de avanzar en la escala evolutiva, de subir otro peldaño. De hecho, es imposible quedarse quieto, y sea cual sea la dirección en la que echen a andar los pies, el suelo no tarda en adoptar la forma de una escalera. Además, justo es reconocerlo: sin malestar, sin adversidad, sin un castigo siquiera, ¿cómo se puede esperar que haya algún tipo de adaptación?

Pedro, quizá a causa de la música embutida en las orejas, tardó en comprender que un autobús se acercaba desde detrás, por la calle, pegado a la acera. Cristales medio sueltos en las ventanas y placas metálicas flojas traqueteaban dentro y fuera del vehículo. Alguien había dejado abierta la solapa que protegía la boca del depósito de combustible, por lo que, con cada nueva sacudida de las ruedas, el pequeño cuadrado metálico restallaba con fuerza contra la carrocería. Por unos instantes, la sombra alta y rectangular del autobús engulló la de la cola que se había formado en la acera. Pero, en lugar de detenerse, el autobús pasó de largo, dejó atrás a los pasajeros que esperaban y se dirigió a la siguiente parada, veinticinco metros más allá.

Era un autobús de otra línea. El conductor apagó el motor, se incorporó, saltó por encima de la cubierta del motor y bajó a trompicones los tres peldaños de la puerta, haciendo estremecer toda la carrocería con cada nuevo pisotón. Luego rodeó el autobús por delante apresuradamente. Oculto de las personas que esperaban formando varias colas en la acera, orinó a cielo descubierto, de espaldas a la calle, el cuerpo vuelto hacia

la rueda, casi apoyado en el neumático de delante.

Con la llegada de aquel autobús que no era el suyo, Pedro notó que su cola se estremecía de punta a punta, sacudida por una corriente de impaciencia. Algunas cabezas se volvieron hacia atrás en busca del autobús rezagado. Varios desconocidos intercambiaron refunfuños. Los cuerpos cambiaron el pie en que se apoyaban, hincándolo con rencor en los agujeros de la acera.

Pero hasta entonces nada de lo que estaba ocurriendo podía considerarse una novedad. Hacía ya varios meses que, todos los viernes a la misma hora, Pedro se dirigía a aquella parada final y ocupaba su lugar en la cola. Ya conocía de vista a varios pasajeros. Sin esfuerzo alguno y sin la menor intención, hasta sabía ciertas cosas de algunos de ellos, y ya contaba con la irritación de uno y la resignación de otro ante la demora del autobús. A veces, sin darse cuenta, se ponía a jugar mentalmente y comprobaba lo previsibles que eran sus reacciones. Y al hacerlo se mezclaba con aquella gente, se unía a algunos de ellos y, a través de éstos, se acercaba a todos. Aun así, pese a esta cercanía, estaba bastante claro que no podía ver a las personas de la cola como seres propiamente idénticos a él.

El motivo lo ignoraba. Ni tan siquiera se esforzaba en buscarlo, puesto que para él se trataba de un sentimiento demasiado vago, casi en forma de secreto. Pese a ello, Pedro se veía obligado a reconocer que el impulso de partir todos juntos en la misma dirección y el afán de puntualidad, o por lo menos de constancia, no bastaban para fabricar una sangre común. Aquellas personas pertenecían, quizá, a una rama apartada de la familia. Más aún: debían de constituir ya una especie nueva y en evolución. Algunos individuos resistieron durante más tiempo; otros flaquearon, se quedaron atrás.

Desde donde estaba, aislado por una barrera que no acertaba a ubicar, Pedro empezaba a ver en todos los allí presentes un tipo humano superior. Empezaba a pensar que él mismo, o

algo en su sangre, se había quedado atrás, en algún giro equivocado a lo largo de las generaciones.

Ya volvía a las andadas. He aquí un buen ejemplo de lo que tantas veces le pasaba a Pedro. Él lo sabía. De ensoñación en ensoñación, de desvío en desvío, sus pensamientos se precipitaban lejos, se desgajaban unos de otros hasta que finalmente, por lo general, acababan desvaneciéndose sin dejar el menor rastro de lo que habían sido, de lo que habían acumulado. A veces, sin embargo, allí mismo, en la cola del autobús, en medio de aquellas personas, sus ideas perdidas volvían atrás, procedentes de todas las direcciones, convergían súbitamente y Pedro, sorprendido e incluso asustado, se daba de morros con la pregunta: «¿Por qué me permiten estar aquí? ¿Por qué no me expulsan, teniendo derecho a hacerlo?».

Sabía que, para muchos pasajeros, aquél sería el segundo autobús en su trayecto diario de vuelta a casa. Sabía que aquella mujer que aparentaba unos sesenta años pero no tendría más de cuarenta y tres, con lorzos de grasa en la espalda que dibujaban profundos pliegues en la blusa, no tenía los incisivos del arco dentario inferior. Y sabía que llevaba dentro de la bolsa, siempre abarrotada, una Biblia forrada de plástico transparente que abriría y leería en su asiento del autobús durante el trayecto de aproximadamente hora y media.

Pedro sabía que el chico de unos veinte años con el pelo cortado al rape y dos dedos de la mano paralizados para siempre en una ligera curva en forma de gancho por culpa de algún accidente se dormiría de cansancio a medio viaje. Su cabeza quedaría apoyada en el cristal de la ventana, o caería hacia el otro lado de vez en cuando, casi tocando a la persona que estuviera sentada a su lado.

Pedro sabía incluso que el hombre de unos cuarenta años que lucía el uniforme de una empresa de reparaciones electrodomésticas, con el antebrazo marcado por la cicatriz marrón de una quemadura, llevaba dobladas dentro de la caja de he-

ramientas las páginas de la sección de deportes del diario. Las habría cogido en la recepción de la empresa, al finalizar la jornada, para leerlas durante el viaje.

Lo que Pedro no sabía la mayor parte del tiempo, o no lograba recordar, era que también él estaba allí, junto a los demás. Hacía los movimientos correctos, ocupaba el espacio adecuado al momento y al lugar, y hasta se recreaba en la observación y retención de detalles que se le antojaban accidentales, interesantes. Sin embargo, su atención poseía más fuerza que calidad. Observaba bien, pero como si lo hiciera desde la distancia, o a través de un agujero en la pared. Sin ser visto, Pedro no se veía a sí mismo. No acertaba a imaginar qué aspecto tendría —la espalda, el brazo, la nuca— a ojos de aquellas personas.

En la sombra de la cola sobre la acera, su silueta movió un brazo. Pedro cambió el diminuto aparato de radio de sitio en un intento por captar mejor la emisora. Al igual que los demás, estaba cansado. No había cargado cajas de pollos congelados hasta la panza de un camión ni había fregado de arriba abajo los pasillos y escaleras de un edificio de quince plantas, como algunos de los que allí estaban, pero había pasado mucho tiempo de pie en el trabajo. La sangre parecía bajar por sus piernas, pesada, hasta la base de los pies. Los dedos endurecidos llegaban a latir, apretados unos contra otros en las punteras de las zapatillas deportivas.

Alguien cantaba en la radio a pleno pulmón, dentro de su oído. Por lo general, las letras de las canciones no existían para Pedro. Su audición displicente, cansada, drenaba las palabras de todo sentido. Luego se deshacía asimismo de la articulación de las sílabas. Quedaban tan sólo el timbre, el tono, la cadencia de la voz y de los instrumentos.

En la secuencia de notas musicales, Pedro distinguía entonces, por su cuenta, frases de otra clase. Señaladas por comas y punto final, provistas de lógica e incluso de elocuencia, eran

frases tan perfectas que no tenían la menor necesidad de recurrir a las palabras. Pedro, con el placer de quien escucha una conversación inteligente, acompañaba el movimiento de aquellas frases, hechas tan sólo de las notas que componían la melodía y la arropaban. La agudeza de los diálogos, en tales casos, se revelaba mayor aún, puesto que la conversación proseguía y se ramificaba en múltiples sendas sin tener que hacer referencia a nada en absoluto.

De pronto, Pedro vio a la mujer que llevaba la Biblia abandonar la cola y dirigirse con su pesada bolsa a la cola de delante. Tal vez esa tarde tuviera más prisa de la habitual. El problema, razonó Pedro, poniéndose en la piel de la pasajera, era que la otra línea no le serviría. En realidad, aquel autobús seguía a lo largo de varios kilómetros el mismo trayecto del que aún no había llegado. Dirección oeste: el sol siempre de cara, el sol cada vez más bajo, agarrado a las antenas y a los cables por encima de la barriada pobre e interminable que se extendía a ambos lados de la carretera.

Pero, tras casi una hora de viaje, aquel autobús enfilaba una larga curva, de ciento ochenta grados, y abandonaba la autopista mucho antes de llegar al viaducto por el que se accedía al barrio en que vivía la mujer. El mismo barrio al que Pedro quería llegar. En total, unos cinco kilómetros de diferencia. ¿Acaso pretendía recorrer esa distancia a pie, y encima cargando aquella pesada bolsa?

Pedro apenas había acabado de pensar en ello, de echar cuentas e imaginar la sensación de las piernas un poco hinchadas de la mujer, cuando vio que dos estudiantes de unos doce años abandonaban también la cola. Una de las chicas cogió a la otra del brazo, hasta le estiró suavemente la trenza, le miró con ojos desorbitados, muy blancos, sacudió la cabeza en el extremo del largo cuello y dijo algo que Pedro no alcanzó a oír. «Venga, date prisa», debió de decir, a juzgar por el movimiento de los labios. Correteando con agilidad, moviendo las pier-

nas delgadas como si fueran tijeras recortadas por el sol, fueron a ocupar el último puesto de la cola en la parada siguiente.

Más adelante aún, en el otro extremo de la cola, los pasajeros ya habían empezado a subirse al autobús. Uno tras otro, fueron ocupando los asientos de las ventanas. Las cabezas iban surgiendo en los huecos de las ventanas abiertas o tras los cristales. Varios rostros se volvieron hacia atrás y miraron hacia la cola de Pedro.

El simple retraso del autobús, más largo del habitual, quizá justificara el nerviosismo, también distinto del habitual, que se palpaba ahora en su cola. Se notaba incluso a lo lejos, incluso en los rostros de los pasajeros de las ventanas del autobús detenido en la otra parada. Pero Pedro no veía motivo para dejarse contagiar por aquella ansiedad. El retraso, por largo que fuera, aún no era más que eso, un simple retraso. Formaba parte de la rutina y, dentro de la rutina, siempre había lugar para el nerviosismo, para la irritación.

En la cola, justo delante de sus ojos, Pedro veía una nuca de piel gruesa, muy roja a causa del sol y surcada de arrugas, más profundas incluso allí donde la camisa ceñía la grasa del cuello. Era un hombre de pelo canoso y muy corto, que se volvió hacia atrás una, dos veces, con ademán vacilante, inquieto. Dirigió alguna palabra a la mujer casi gorda que tenía delante y acto seguido abandonaron ambos la cola a toda prisa. Fueron los últimos en subirse a aquel autobús que se había detenido más adelante. Justo después, el conductor cerró la puerta con un silbido de aire comprimido y un chasquido, y el autobús arrancó. Osciló con más fuerza al apartarse del bordillo, donde el asfalto se había deformado a causa del sol, tan fuerte que el alquitrán llegaba a reblandecerse y a hundirse bajo el peso de las ruedas.

Ahora sólo quedaba esperar en la cola. Además de la radio, que escuchaba sobre todo durante los momentos de espera, Pedro siempre llevaba en la mochila un libro para leer durante

el viaje. Poseía, a medias con un amigo abogado, una pequeña librería en la que vendía libros de segunda mano. Aquella tarde llevaba en la mochila un título de una colección que se había vendido en los quioscos cerca de quince años atrás. El libro en cuestión trataba sobre la vida y las ideas de Charles Darwin.

Alguien le había arrancado la contracubierta. Algunos pasajes de texto estaban tachados por los eufóricos garabatos de un niño de corta edad que, en un momento de distracción de los padres, se había hecho con el libro. Pedro sabía de sobra que aquellas colecciones tenían fama de no valer gran cosa. Aun así, a primera hora de la tarde un cliente había levantado un poco el libro con una de las manos y, antes de volver a dejarlo en su sitio, había comentado que, de hecho, el autor hacía una introducción al tema bastante razonable.

Más tarde, cuando ya no quedaba ningún cliente en la pequeña librería, Pedro había cogido el libro y, de pie, apoyado en el mostrador, había leído unas ocho páginas. Mientras lo hacía, notó el tibio aliento del sopor en su rostro, y aquella laxitud fue en aumento con cada nueva página. Pero no fue tanto la alabanza del cliente lo que lo atrajo, y menos el asunto. Ya había puesto otro ejemplar de aquel libro a la venta años antes, cuando aún no era dueño ni socio de la pequeña librería de viejo. Cuando aún no tenía nada.

En cuanto vio la figura del sabio estampada en la cubierta, en el instante en que se topó con la maraña de la larga barba gris ceniza sobre el fondo de color carne, acudió abruptamente a su memoria la imagen del mismo libro, resbalando una, dos, tres veces sobre las piedras blancas y sucias de la acera, golpeado con fuerza y de un modo inadvertido por los pies de la gente que huía en tropel, sin dejar de mirar a los lados y hacia atrás, por encima del hombro, entre gritos y estallidos que sonaban cada vez más cercanos y violentos, procedentes de varias direcciones.

Pisoteado y zarandeado, el libro fue de aquí para allá, se

rompió en dos y luego en tres. Los ojos de Pedro se quedaron prendidos al libro y lo siguieron, golpe a golpe, entre sobresaltos, cada vez más lejos, mientras a su alrededor, en plena calle, el tumulto iba a más. Entre un mar de piernas a la carrera y a través de la humareda acre que de pronto lo envolvió, produciéndole escozor en los ojos, la nariz y la boca del estómago, Pedro vislumbró el libro por última vez. A cierta distancia, vio cómo las hojas de uno de los pliegos se desgajaban de la costura bajo la presión de un zapato que resbalaba o de un pie descalzo. Finalmente, logró avistar hojas esparcidas y mustias, irreconocibles, en el bordillo mojado, junto a una boca de alcantarilla.

Por eso ahora, aquel atardecer, en la cola del autobús, Pedro tenía la sensación de que cargaba en la mochila algo bastante personal. Concretamente, podría decirse que cargaba toda su tibia, desde la rodilla hasta la articulación del tobillo —la misma que le repararían de cualquier manera horas más tarde, la noche del mismo día de los altercados en la calle—, reconstruida con suturas externas e internas, con clavos y tornillos que el cirujano metería y volvería a sacar al albur de sus dudas. Remiendos y puntadas, al fin y al cabo, casi tan inútiles como las costuras y las grapas de las hojas del libro zarandeado calle abajo.

También por eso, la sangre le bajaba más pesada por la pierna izquierda. La sangre le hervía y hormigueaba entre la rodilla y el tobillo mientras esperaba de pie en la cola del autobús. También por eso, cojeó levemente cuando su cola se puso por fin en marcha. Pues en ese intervalo, y sin que él se diera cuenta, su autobús había llegado y se había detenido junto al bordillo.

Tras aparcar y apagar el motor, el conductor bajó con paso pesado por la puerta de delante y, con la camisa desabotonada hasta el ombligo, se dirigió al supervisor de la parada. Hablaba entre aspavientos y, de vez en cuando, se

alisaba hacia atrás la mata de pelo ensortijado. La piel de la frente, oscurecida y reseca a causa del sol, se tensaba sobre el ancho cráneo. Como si no lograra contener su irritación, llegó a golpear dos veces la garita de fibra de vidrio en la que el supervisor se resguardaba y de la que salió con las manos en las orejas y la cabeza gacha.

Pedro, que llevaba puestos los auriculares, no oyó la discusión, pero a juzgar por la contundencia del gesto, era evidente que debieron de hacer algún ruido. Mientras tanto, después de haber entregado al supervisor una hoja de papel doblada, la cobradora, casi una enana, empezó a escalar los peldaños del autobús con un esfuerzo ondulante de las caderas, muy anchas, rumbo a su asiento. Tras ella, los pasajeros empezaron a subir por la puerta de delante.

En la acera, junto a la cola, un hombre con un ojo cubierto por un apósito vendía bolsas de cacahuetes, paquetes de galletas y maquinillas de afeitar de plástico. Todos los productos, atados en sartas y ristras, pendían de un gancho de hierro cromado de los que se usan para colgar las piezas de carne en las cámaras frigoríficas. El vendedor, con la frente sudorosa, lo sostenía casi por encima de la cabeza con la mano izquierda, pues allí, en medio de la acera, no había donde colgar el gancho. Mientras intercambiaba unas palabras apresuradas con algún que otro pasajero de la cola interesado en comprar galletas, el vendedor ambulante abrió tanto el ojo que, por algún motivo, Pedro pensó que no podían estar hablando sólo de galletas o del cambio.

A todo esto, dentro de su oído una voz de mujer anunció en la radio la cotización del dólar, el euro, el oro y el barril de petróleo. Mencionó el tipo de interés del Banco Central y los índices de las bolsas de valores de Nueva York, Tokio y São Paulo, desmenuzándolos hasta las centésimas. La mujer parecía alegre; cada fracción era preciosa y tintineaba en sus dientes.

Más atento a la voz que a las cifras, Pedro trató de imagi-

nar la edad de la locutora, su rostro, si tendría de veras dólares en casa y qué acciones de la bolsa habría comprado y vendido aquel día, aquella tarde, acaso mediante una llamada telefónica al terminar de almorzar, justo después de acabarse el postre y cepillarse los dientes. Horas después, concluida la jornada laboral en la radio, se dejaría llevar en el coche silencioso del novio, un hombre divorciado que tenía un mechón de pelo canoso. Irían juntos a un restaurante, a una discoteca a bailar, reirían y beberían un poco más aquella noche de viernes. O quién sabe si tomarían drogas especiales, en pastillas de colores que un amigo del hombre habría traído del extranjero.

No fue una sucesión de imágenes lo que Pedro vio en pensamientos. Fue tan sólo una escena, que se encendió y justo después se apagó. Las pastillas, las tuberías de petróleo en el fondo del mar, las cifras encendidas en hileras de dígitos en una serie de pantallas luminosas suspendidas. Y los dientes del hombre y la mujer surgieron todos, alineados unos tras otros, de una sola sentada y en un mismo plano. Todo era tan automático que ni siquiera le daba tiempo a organizarlo.

Pedro subió al autobús y se detuvo frente a la cobradora, buscando monedas en la cartera para facilitar el cambio. Cuando pasó por el torniquete comprendió que, en la radio, la voz de la locutora había sido reemplazada por el anuncio de un seguro de coches que ofrecía un banco. La cuña sonora empezó con un largo y estridente frenazo, un sonido casi musical. Luego vino un estruendo metálico, seguido del ruido de cristales rotos, y finalmente tres acordes graves de un teclado electrónico que imitaba una orquesta. La secuencia de sonidos, perfectamente lógica y previsible, hizo que una pregunta se abriera paso en la mente de Pedro: «¿Chirriarían así los neumáticos de este autobús si frenara de golpe?».

Dos monedas se le escaparon de la mano y cayeron al suelo de acero. Pese a llegarle amortiguado a través de los auriculares, el tintineo metálico tenía una sonoridad parecida al resquebra-

jar del parabrisas que acababa de oír en el anuncio de la radio. Por eso, por culpa de ese sonido, cuando Pedro se agachó para coger las monedas del suelo con las yemas de los dedos y vio, al mismo nivel de sus ojos, los pies de los pasajeros enfundados en zapatos y sandalias, de pronto le vino a la mente, con toda nitidez, aquel recuerdo, la antigua sensación, la escena mil veces repetida en pensamiento: mientras Pedro veía cómo la multitud pisoteaba su libro en la calle, el amplio escaparate de una tienda estalló en mil pedazos justo detrás de él. Las esquirlas de cristal salieron despedidas y llovieron sobre su espalda.

Pedro ni siquiera entendía cómo había acabado caído de bruces en medio de la acera. Era una calle peatonal. Fue entonces cuando tuvo aquella visión de los pies de la gente, zapatos, sandalias, aquella visión desde abajo, a ras de suelo. Justo después, muy cerca de sus ojos, surgió la figura de los frágiles tobillos de los caballos. La imagen de los cascos y las herraduras que golpeteaban con estridencia el empedrado de la calle y a veces le arrancaban chispas.

Acostado boca abajo en la acera, Pedro se cubrió la cabeza con las manos, con los brazos, en un gesto instintivo. Sintió el tacto frío de las piedras blancas de la acera en la mejilla, en la barbilla, casi en los dientes. Alcanzó a ver entre los dedos de la mano, unos treinta metros más allá, a un hombre desnudo de cintura para arriba, con una camiseta gris mal enrollada en la cabeza, que se agachaba fugazmente, cogía del suelo un bastón del que salía una humareda blanca y lo arrojaba con fuerza más o menos en la dirección de Pedro. El bastón voló rodando sobre sí mismo, la humareda blanca dibujó círculos en el aire. Luego el hombre descamisado echó a correr calle abajo y se desvaneció dando saltos, con una agilidad increíble.

Pedro sabía lo que tenía que hacer: tenía que levantarse, no podía quedarse allí tirado en medio de la calle. Entonces movió el tronco, y en ese preciso instante sintió que algunas esquirlas de cristal le resbalaban por la nuca y se le colaban

por dentro de la camisa. Al igual que las piedras de la acera, los trocitos de cristal le parecieron muy fríos en contacto con su piel. Supuso que también tenía fragmentos de cristal atrapados en el pelo crespo, grueso, de rizos cerrados. Por eso se palpó la cabeza con la mano abierta, levemente, procurando no cortarse.

Las tiendas habían bajado las persianas metálicas a ambos lados de la calle y la gente se arrimaba a éstas, sin tener dónde resguardarse ni adónde huir. Pedro vio cómo lo miraban dos mujeres con cara de susto y boca de llanto. Todavía semiten-dido en el suelo, tratando de incorporarse, miró hacia atrás. Pensó en los libros que, media hora antes, había dispuesto sobre la acera para venderlos, bien ordenados encima de un cartón. Y se preguntó si lograría recuperar alguno de aquellos volúmenes.

Pero ahora, en el autobús, mientras se disponía a pagar el billete, Pedro se levantó del suelo, le dio a la cobradora las monedas que recogió del suelo metálico, guardó el cambio, se metió la cartera en el bolsillo y fue a sentarse junto a la ventanilla, en un asiento más alto que los demás, por quedar justo encima de la rueda trasera. No recuperó los libros aquel día de los disturbios en la calle. Pero ahora, al menos, llevaba consigo el libro sobre Darwin, tantos años después. Recosido, reencuadernado, casi entero. Sólo le faltaba la contracubierta.

Los pasajeros ocuparon los casi cincuenta asientos del autobús. Entraron otros diez que se repartieron, ya de pie, por el pasillo. El conductor se instaló en su asiento, se remangó los bajos del pantalón y estiró los calcetines hacia arriba, hasta media pantorrilla. Frotó con una toallita todo el arco del volante y luego la arrojó hecha un gurrño a un rincón situado entre el parabrisas y el salpicadero.

Entonces, Pedro vio que la pasajera sentada en el primer asiento se inclinaba hacia el conductor y le decía algo. Éste ni siquiera se volvió, sino que se limitó a mover la cabeza con

gesto resignado —ni sí, ni no— al tiempo que abría un poco los antebrazos con los codos pegados a las costillas y las palmas de las manos vueltas hacia arriba.

En el instante en que el autobús partió, Pedro volvió el rostro hacia la ventanilla abierta a su lado. Casi sacó la nariz mientras el autobús doblaba la primera esquina, y luego la segunda. El conductor pisó el acelerador, el motor lanzó un ronquido cada vez más agudo y sonoro, hasta que frenó bruscamente ante un semáforo en rojo. Todos levantaron un poco la mano y estiraron el brazo hacia delante a fin de sujetarse en las barras de aluminio atornilladas por encima del respaldo de los asientos.

Un coche nuevo, grande, de marca sueca, se acercó en silencio y se detuvo junto al autobús. El perro que iba sentado en el asiento del copiloto sacaba el hocico sin temor por la rendija que el conductor —una mujer, en realidad— había dejado abierta en lo alto de la ventanilla. Pedro observó atentamente al perro, acomodado sobre las patas traseras en un asiento con tapizado de cuero negro. A Pedro también le gustaba sentir la brisa en la cara, también hubiese podido creer, a esa hora, que ni aquella ventana ni ninguna otra, ya fuera de autobús, de un coche o de una casa, tenía más finalidad que la de dejar que la brisa acariciara la cara de la gente. Tanto era así que, cuando el semáforo cambió a verde y el autobús reanudó la marcha, Pedro irguió un poco más la nariz y sacó el rostro por la ventanilla —un centímetro nada más— para sentir la brisa.

Desde allí, el autobús subió ligero por un viaducto. En aquel momento, cualquiera que mirara por la ventanilla casi tendría la impresión de hallarse a bordo de un avión en pleno despegue. Poco a poco, fueron surgiendo los tejados de las casas y los edificios bajos: depósitos de agua, antenas, precarios cobertizos, barbacoas, ropa tendida. Un hombre de unos cuarenta años, descalzo y con el torso al aire, volaba una cometa en una azotea con la mirada fija en el cielo y daba tirones cor-

tos y rítmicos al hilo que la sujetaba, moviendo el antebrazo arriba y abajo, en diagonal. A lo lejos, por detrás de él, se vislumbraba el extremo de un parque y el reflejo azul de un estanque.

Todos los pasajeros sabían que justo después vendría un túnel largo, casi todo en curva. Allí dentro la radio enmudecía, se limitaba a emitir un chisporroteo, y después de atravesar la montaña rocosa, a lo largo de varios kilómetros, apenas se podía sintonizar nada, pues la señal de las emisoras se debilitaba entre aquel monte y el siguiente, algunos kilómetros más allá. Pedro se quitó los auriculares y apagó la radio. Casi en el mismo instante, el ruido del motor empezó a resonar y a dar vueltas entre los muros de piedra del túnel. Se formó un estruendo continuo que, junto con el viento que entraba por las ventanillas, se adueñó de todo el autobús. Daba la sensación de que era aquel ruido, aquel ronquido y nada más, lo que tiraba del autobús hacia delante a través del enorme agujero en la montaña.

Pedro siguió recibiendo el viento en la cara, junto con el ruido de los motores y la densa polvareda del túnel. Si tanto le gustaba la brisa, tenía que aprovecharla al máximo porque más adelante, dentro de poco, el tráfico avanzaría a paso de caracol, casi detenido. Quizá el perro, que viajaba en su asiento de cuero, tuviera más suerte. Quizá se dirigiera a algún lugar cercano; era incluso lo más probable. Y una vez allí, con la cabeza metida entre los balaústres del balcón de un piso en la planta quince, podría observar con sus ojos inteligentes el gran embotellamiento de allá abajo.

En cambio, para Pedro, a partir de un momento dado del viaje, la ventanilla sólo serviría para recocerle la frente en el sol rasante del atardecer. Y también para azotarle los ojos con el gas quemado de los motores en punto muerto, los suspiros cortos de la primera y segunda marchas en el tráfico congestionado.

Llegaría entonces el momento de sacar el libro de la mo-

chila, de acompañar al célebre científico inglés en su viaje por las islas y países del sur. Tal vez el libro no se refiriera a ese hecho, pero Pedro sabía que, siglo y medio atrás, Darwin había pasado por aquella ciudad en la que él vivía. Había recorrido aquel litoral con su mirada atenta. Sin duda había elegido y cogido algunas mariposas, insectos, plantas, y se los había llevado consigo clavados en el interior de varias cajas, acaso con tapas de cristal, todo ello en un catálogo bien ordenado con nombres y apellidos en latín.

En el cristal de las ventanas, sobre el fondo oscuro del túnel, Pedro vio en ese instante el reflejo de los pasajeros que iban de pie, alumbrados por los focos internos del autobús. Hombro con hombro, sujetándose con las manos a las barras de aluminio del techo y de los asientos, poseían facciones variopintas. Ya no era habitual encontrar mariposas en la ciudad, pensó Pedro. Insectos, en cambio, sí que había en cantidad. Sin ir más lejos, dentro del autobús se paseaban algunas cucarachitas. A Darwin quizá le hubiese gustado saber que los antepasados de algunas de ellas podían haber llegado hasta allí procedentes de otros países, en barco —quizá incluso, quién sabe, en el del propio científico— o, por el contrario, podían haberse embarcado involuntariamente desde allí hacia otras tierras. Y, tanto allí como aquí, algunas de ellas, las más resistentes, las que no se rinden, se habían adaptado al nuevo entorno, habían mejorado la sangre, su familia. Todo siempre a fin de garantizar que ellas y los suyos conservaran la mejor parte, la parte noble.

De repente el autobús salió por el otro extremo del túnel, bajó por una rampa y avanzó todavía a cierta velocidad a lo largo de unos setecientos metros, hasta que el motor rugió sonoramente, como si quisiera hacer girar las ruedas en sentido contrario. El autobús fue reduciendo la velocidad poco a poco, hasta que el conductor se detuvo en la parada. Fuera, los pasajeros se agolparon frente a la puerta

y, vacilantes, le preguntaron algo.

Pedro seguía leyendo su libro. Comprendía a la perfección lo que leía —era sencillo, o había sido hábilmente simplificado—, pero ello no le impidió percatarse de que el autobús llevaba ya algún tiempo parado y el rumor de voces procedente de la parte delantera sonaba duro, áspero. Sólo suspendió la lectura cuando un hombre que iba sentado en el penúltimo asiento, tras soltar una palabrota, gritó que no podían quedarse allí todo el día, que si alguien tenía algún problema podía bajarse del autobús, y que hasta que no llegaran allí no sabrían lo que estaba pasando, y punto. No había más que hablar.

Por lo menos eso fue lo que Pedro entendió. El individuo en cuestión tenía el pelo cortado al rape, la cabeza grande, y cuando blandió la mano en el aire, la pulsera metálica del reloj, un poco suelta, centelleó y bailó alrededor de su muñeca. Una mujer que iba sentada cerca de él también levantó la voz con su gran boca, en cuyo interior palpitaba una lengua rosada. Dijo que había pagado el billete y quería llegar hasta el final, fuera como fuese, o tendrían que devolverle el dinero allí mismo.

Al oírla, los de fuera parecieron decidirse. Se subieron apresuradamente, se amontonaron junto al torniquete, que no tardó en empezar a crujir con cada cuarto de vuelta, mientras el conductor respondía a las preguntas ocasionales con gestos vagos de las manos y la cabeza. Uno o dos pasajeros aún soltaron alguna broma y le dedicaron una sonrisa que él no se molestó en devolver. En el espejo retrovisor que había por encima del parabrisas, Pedro podía verle casi media cara: los ojos rápidos, desconfiados, intentaban tomar el pulso a la situación dentro y fuera del autobús.

Porque allá fuera, apelotonadas en la acera estrecha, entre el bordillo y la reja del aparcamiento de un supermercado, decenas de personas estiraban el cuello hacia la calle, hacia el lado del que venían los coches, cada una de ellas buscando su